La Caja de la...

Utopía

«La desgracia de Don Quijote no fue su fantasía, sino Sancho Panza» _ Franz Kafka

La Caja Books

Comprar a Marx por Amazon _ Pablo Simón
Cartografía de un sueño _ Lur Sotuela
Soñar de otro modo _ Francisco Martorell Campos

La Caja #05

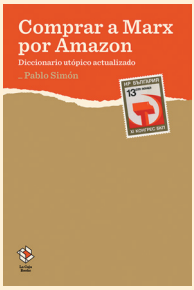
Utopía

Una erupción de fatalismo y miedo se ha apoderado de la sociedad. El mantra de que no hay alternativa se ha incrustado en las mentes de un mundo cada vez más mercantilizado y dominado por el algoritmo. La utopía, emergida en el Renacimiento y motor de progreso durante quinientos años, ha sido abandonada. En la presente caja, tres libros se acercan al fenómeno utópico.

En *Comprar a Marx por Amazon*, el politólogo Pablo Simón elabora un original diccionario que examina lo que queda de las grandes utopías políticas que marcaron la modernidad. *Anarquía, barricada, obrero, pueblo, república* o *socialismo* son algunos de los conceptos revisados a la luz de un presente que ha desechado los viejos ideales y que navega entre contradicciones.

Cartografía de un sueño es una delicada novela que gira en torno a la ilusión y a la actitud soñadora del ser humano. Lur Sotuela, un virtuoso de la imaginación, nos acerca las extraordinarias vidas de los habitantes de Undoso y su relación con la mayor utopía: el amor en todas sus formas.

El ensayo *Soñar de otro modo*, del filósofo Francisco Martorell Campos, es un lúcido, profundo y mordaz análisis sobre la transformación de la utopía en la postmodernidad. Tras un apasionante recorrido por medio milenio de utopías literarias y su impacto en nuestras nociones de naturaleza, historia y sociedad, el autor reivindica la necesidad de forjar una nueva utopía política. Un paradigma capaz de devolver la ilusión frente al ídolo sacralizado: el capitalismo globalizado.



La Caja Books

ISBN: 978-84-17496-19-7

Comprar a Marx por Amazon

Diccionario utópico actualizado

_ Pablo Simón

La Caja Books

Comprar a Marx por Amazon

Diccionario utópico actualizado

_ Pablo Simón

La Caja
Books

ÍNDICE

p. 7 PRÓLOGO

p. 15 anarquía
p. 19 barricada
p. 23 ciudad
p.27 distopía
p. 31 estatua de sal
p. 35 frontera
p. 39 guerra
p. 43 humanismo
p. 47 idiota
p. 51 jemeres rojos
p. 55 karma
p. 59 leyes
p. 63 mayoría
p. 67 narrar
p. 71 ñ
p. 75 obrero
p. 79 pueblo
p. 83 química
p. 87 república
p. 91 socialismo
p. 95 tecnoutopismo
p. 99 utilidad
p. 103 vida
p. 107 western
p. 111 x
p. 115 yugo
p. 119 zorrizo

r u c o m p r a r p q s
g l ñ x a v p u t h a p
l o u r j m a r x p r m
p o r v n k j p e x m z
i n h j a h a m a z o n
a r p u t i g h o b v i
h m j a s c v x e z u ñ
t p c s b k m n h b d a
c h o i u l h j x m l i
u s c k a o o u b r k o
ñ s i m ó n r t v s q y

anarquía

Sic semper tyranis: «así siempre a los tiranos». He aquí la frase típica que gritaba un terrorista anarquista antes de descerrajar una salva de disparos al político de turno, gesto bastante frecuente durante los últimos doscientos años. Si uno pasea por Madrid, muy cerca de Atocha tiene un mausoleo, el Panteón de Hombres Ilustres, erigido para conmemorar las obras de muchos de ellos. Como poco, Eduardo Dato, Antonio Cánovas del Castillo o José Canalejas, todos principalísimos hombres de la política del siglo XIX, perecieron a manos de anarquistas. Una ideología, la del anarquismo, que había prendido con fuerza en una España reaccionaria y católica, poco industrializada y de una intensa base caciquil.

En general, los estudios señalan que el movimiento anarquista fue más fuerte en los países del

sur de Europa debido a la falta de inclusividad de sus instituciones políticas. El hecho de que no hubiera forma de canalizar el disenso a través de los mecanismos ordinarios y pacíficos, intensificó la pulsión hacia la revolución y la violencia. En España no podía ser de otro modo. Por poner un ejemplo menos virulento, pero fundamental a nivel político, la Confederación Nacional del Trabajo, el principal sindicato anarquista, rondaba, según la documentación de la época, casi el millón de miembros y tuvo un papel fundamental durante la Segunda República y la Guerra Civil.

Aunque de infinitas corrientes y ramificaciones, desde el anarco-sindicalismo al anarquismo liberal, la filosofía anarquista tiene como principal ánimo el rechazo a cualquier autoridad política. La idea, pues, era la emancipación total del individuo del yugo del Estado. Pensemos que no puede haber una utopía en la Tierra más hermosa que la de creer que la política pudiera limitarse a la mera gestión de los asuntos ordinarios, que todos pudiéramos ser libres incluso de tener posada la mirada aviesa del Leviatán, del Estado, sobre nosotros. Se acabaría así la presión de una autoridad que nos impidiera organizarnos como consideremos mejor.

Rechazar cualquier forma de gobierno político o autoridad social es, en última instancia, una doctrina muy de la modernidad. Al fin y al cabo, se

trata de posicionar al Hombre en el centro de todas las cosas, representa la idea de la autonomía de los seres humanos llevada hasta su extremo más acabado. ¿O acaso no podemos decidir nosotros cómo queremos relacionamos? ¿Por qué hemos de subcontratar en un tercero la mejor forma de hacerlo? Este rechazo es toda una patada en la tibia a Hobbes y su creencia de que el hombre es un lobo para el hombre, de que solo podemos confiar en ese Soberano todopoderoso.

El anarquismo como ideología también se caracteriza por su plasticidad. Para algunos sectores más obreristas suponía la efectiva emancipación del yugo del trabajo y el Estado. Los más liberales lo asumen como una exoneración de la pesada carga que supone tener que financiar al opresivo sector público con sus impuestos. Una ideología que, con su marca propia, se fue desdibujando desde la Segunda Guerra Mundial, pero que ha permeado derechas e izquierdas, entre el feminismo y el ecologismo, y que hoy tiene algo más de romántico que de terrorista. Tiene un núcleo que, en su esencia más libertaria, se manifestaría a partir de Mayo del 68, momento en que se daría un paso de gigante en la reivindicación de la identidad autónoma del individuo.

En los últimos años, y heredero de estas ideas, ha hecho su aparición en internet un movimiento de raíz similar con renovado brío. El del *software* libre,

basado en la eliminación de barreras al conocimiento, al poder compartirlo en libertad, y en la aspiración a una sociedad desintermediada donde cada cual pueda formar su conciencia. El movimiento *hacker* tiene también un poco de esto, y, forzando la analogía, uno podría pensar que hoy los retos ante la ciberseguridad podrían equipararse a los que tenían los polizontes alemanes del Reich al tratar de controlar los flujos de anarquistas que provenían de Italia. Todo es parte de una red que trasciende a un solo país.

Henos aquí que el anarquismo ha ejercido tal influencia, y con tanta transversalidad, que no ha habido credo que no se haya interrogado sobre cómo es posible la libertad si existe alguna dominación sobre nosotros. Una pregunta pertinente esta a la que seguimos dándole vueltas: los límites asumibles de la autoridad soberana.

barricada

El camino hacia la utopía no se caracteriza por ser algo pacífico. La visión de una ordenación del mundo, de una forma de entender lo justo y lo bueno, lo que Isaiah Berlin llamaría la «libertad positiva» (la de libertad como autorrealización), suele toparse con resistencias. Esto ha llevado a que se gesten todo tipo de visiones, ideologías políticas y religiosas, y a una expansión a partir de la premisa de que el compromiso no es posible. Si mis principios son los justos, ¿cómo puede haber un denominador común que no implique que tu mera existencia sea la constatación de mi derrota? A tal camino lleva la acción de la utopía por la vía de la fuerza. Ya lo decía Maquiavelo: mejor suerte corren los profetas armados que desarmados.

Cartografía de un sueño

_ Lur Sotuela

La Caja Books

Cartografía de un sueño

_ Lur Sotuela

La Caja
Books

ÍNDICE

p. 7 yo
p. 17 sobre aquel que sueña el tiempo
p. 25 el cuerpo y la nada
p. 33 en la noche y en el viento
p. 43 el lenguaje de la tempestad
p. 53 las cartografías del vacío
p. 65 la segunda muerte
p. 71 los nombres que dimos a la lluvia
p. 87 la mirada perdida en el espejo
p. 95 la sombra del faro
p. 111 el fulgor de una estrella
p. 119 kauntz & hoekler
p. 129 cuando las nubes aman
p. 139 el sueñaespejos
p. 151 tú

yo

Por fin te he encontrado. Estás aquí, en estas palabras. Conmigo, siendo yo mismo, siendo casi la misma sustancia. Puedo sentir tu vida latiendo como una luz ajena, como una luz imaginada; tan cerca que puedo acariciar tus ideas, tus sueños; tan lejos como únicamente nosotros dos podemos estar. Escucha, déjame que hable; sé que la memoria es la mayor de las mentiras, pero déjame que cuente una historia, la mía.

Al principio, en ese principio primero, la soledad era todo. No existían palabras, ni símbolos, ni sueños, no existían deseos ni imágenes, ni siquiera había tiempo. Solo esa sensación áspera y extraña cubriendo todo, siendo todo. Al principio no había nada más: únicamente la soledad y una feroz inmensidad azul, tan perfecta como distante, tan pura y cambiante, una soledad azul como el océano, que, salvaje, iba con sus caricias dibu-

jando mis fronteras, golpeando con su brava elocuencia los límites de mi cuerpo, para dar forma y representación a mi ser con la blanca efervescencia de sus sueños, la nívea espuma de sus días. Olvidar entonces, quizás ahora también, no era una posibilidad, sino un hecho, un arte cotidiano. A decir verdad, era mi única actividad. Solamente era olvido, y aquella áspera y completa sensación de desamparo y soledad. ¡Oh, sueño mío!, sin saberlo, algo hermoso pero horrendamente terrible aconteció.

Al comienzo fue un simple discernimiento, una minúscula proporción de conciencia; quiero creer que, de tanta soledad, de tanta magnitud azul, una sencilla percepción despuntaba como el alba tras la oscuridad. No tengo más que palabras. Entonces, ¿cómo explicar lo inexplicable, lo inefable, sin utilizar la poesía?

La noche tenebrosa, la luz gimiendo sus fronteras, el viento salvaje bailando despacio con la ternura de la lluvia, el tiempo sucediendo, marchándose para siempre, y el universo transformándose, desplazándose ajeno, terriblemente ajeno, y, en el fondo, en mis profundidades, en esa inalcanzable sima, algo sin un porqué comenzando a vibrar, a latir, a perseguir desesperadamente los ciclos.

¿Cómo era yo en aquel entonces? No es difícil que pueda responderte. Diremos, para que podamos entendernos, que jamás fui inmensa, ni extenso mi cuerpo ni elevadas mis alturas. Las dimensiones exteriores de mi cuerpo eran pequeñas. De las interiores, nunca pude imaginar la inmensa profundidad a la que me enfrentaba. Ni siquiera ahora me es posible saber hasta dónde puedo descender, hasta qué punto soy capaz de caer. Entonces, como un

latido que nace, la soledad me hizo moverme, me impelió, sacudiendo cada minúsculo átomo de lo que soy, y dejó en mí la necesidad de caminar, de dirigirme, de moverme, sin saber hacia dónde, ni hacia cuándo, en busca de lo ignoto, en pos de eso que comúnmente se llama felicidad.

Undoso, así me llamo. Mejor dicho, así me llamáis vosotros, y con los años he llegado a coger cariño al nombre que hace ya tanto tiempo, tantas épocas, me proporcionasteis. El mito habla sobre una historia singular, habla sobre este pedazo de tierra que soy, sobre esta isla que fui. Habla de la soledad, de la incomunicación, de la que, por alguna causa divina o aleatoria, fui consciente. Habla de que aquella pobre isla en mitad del océano que, al ser incapaz de asumir ese sentimiento, esa amarga sensación, lentamente, con el paso irrevocable del tiempo, se fue acercando al continente, buscando abrazar desde mi unicidad lo múltiple. Cuentan vuestras fábulas que mi movimiento era lento, que eran breves las ondas que producía mi deslizar, y por eso, cuando por fin me hice uno con el horizonte, disteis a lo que se encuentra dentro de mis márgenes el bello nombre de Undoso: 'lo que se mueve haciendo ondas'.

Te preguntarás cómo fue el viaje, cómo el pausado peregrinaje. Tardé muchas de vuestras edades, muchas de vuestras civilizaciones, demasiadas épocas sucedieron durante el trayecto; incontables los inviernos que empleé en inventar el hogar que, sin conocer, aguardaba mi regreso; tardé muchos siglos en decidir mi destino, pero, al fin, tras una travesía de silencio, lluvia y viento (milenios de lento avanzar), llegué hasta el espacio en el

que ahora me encuentro. Todo cambiaba, pero la lluvia y su transparente caricia eran una constante agradable, un tacto frágil pero inmenso con el que pude discernir el contorno de mis límites, el margen de mis prolongaciones.

Para ti, como para mí, la vida es curiosidad, confusión; la más inmensa de las perplejidades. Esa sensación es lo que el viaje, lo que el trayecto, me regaló. Vayamos despacio para que puedas entenderlo. Me movía; y con ese movimiento me alcanzaron las primeras impresiones. Después, como si todo estuviera orquestado por un delirante arquitecto, llegó ese asombro innato que lo vivo siente frente a la existencia: una angustiante sensación que vibraba salvaje en cada fibra de mi ser. Aún no tenía palabras, todavía no había símbolos ni significados, pero la soledad continuaba allí, y eso era lo que me impulsaba, la fuerza originaria que me inducía a seguir hacia delante. Las olas acariciaban mis costas erosionando mi entidad, transformándola con cada instante. Las tormentas, que duraban años, décadas, olvidaban en mi epidermis la desigual luminosidad de los relámpagos.

Desconozco los motivos que dibujaron la trayectoria, ni el porqué del errático deslizar, pero en determinado momento, cuando el astro luminoso flotaba inmenso en el centro del cielo, sentí que el viaje tocaba a su fin. La percepción no estaba equivocada, había encontrado el hogar, y como hijo pródigo regresaba esperando el abrazo caluroso, la aceptación cándida de mi sustancia. Había llegado al continente, había alcanzado mi destino. El proceso de fusión, como lo llamo yo, fue pausado, demasiado, quizás. Todavía hoy continuamos con esa tarea. Nos uni-

mos con parsimonia, haciendo las cosas bien. De eso no me puedo quejar. El deseado encuentro, la buscada unificación, estaba, para mí, cerca. La soledad no debería ser siquiera un recuerdo. Ahora que el tiempo ha pasado, que cada instante me alcanza eternamente, sé que no fue así. Me equivocaba.

Es posible que la individualidad de mi concepción allá en la noche de los tiempos, en esa oscuridad primigenia, en esa tempestad soñada, me lo impidiera o, y esto es idénticamente posible, que el proceso de crecimiento a lo largo de la milenaria travesía sea el motivo por el que no pude fundir mi esencia con la del continente. No lo sé. Considero que hay sucesos que no están hechos para comprenderse, sino solamente para vivirse. Así es la vida; así, mi amor, es este sueño. La confusión continuó vibrando en mí como si nada hubiera cambiado. Cuando percibí la nulidad del proceso, la esterilidad de mi esfuerzo, era tarde para escapar. La metamorfosis era irremediable. Ya formaba parte del continente, parte de aquella tierra prometida, y la transformación, aquella comunión imposible, imparable, prosiguió. Mi cuerpo continuó siendo mío, mis confines prosiguieron delimitando mi ser.

Cuentan vuestras leyendas que soy una tierra mágica. No deben de estar muy equivocadas, o eso pienso yo. Aunque no puedo asegurarlo, ya que jamás, en todos estos años, he podido parlamentar con otro pedazo de tierra que corrobore mis elucubraciones. La comunicación con otras criaturas, con otros entes inteligentes, ha sido para mí un imposible. Quizás tan solo con vosotros he podido en algún momento entablar algo parecido a una frá-

Soñar de otro modo

Cómo perdimos la utopía y de qué forma recuperarla

_ Francisco Martorell Campos

La Caja
Books

Soñar de otro modo

Cómo perdimos la utopía y de qué forma recuperarla

_ Francisco Martorell Campos

La Caja
Books

ÍNDICE

p. 9 PRELUDIO
p. 11 ¿No hay alternativa?
p. 13 Utopía
p. 19 Distopía
p. 22 Postmodernidad
p. 25 Hacia una utopía y una distopía secularizadas

p. 31 ACTO I. La naturaleza
p. 33 1. La naturaleza en la utopía y la distopía modernas
p. 43 2. El fin de la naturaleza
p. 46 3. Utopías y distopías sin naturaleza
p. 53 4. Desnaturalizar el cuerpo, o el transhumanismo es un humanismo
p. 58 5. Matar a la muerte, o la utopía contra la no-utopía más fuerte

p. 69 ACTO II. La historia
p. 71 6. La historia en la utopía y la distopía modernas
p. 80 7. El fin de la historia
p.85 8. El día en que el futuro se fue
p. 89 9. La noche de los pasados vivientes
p. 94 10. El fin de la historia como utopía neoliberal

p. 101 ACTO III. La sociedad
p. 103 11. La sociedad en la utopía y la distopía modernas
p. 113 12. El fin de la sociedad
p. 118 13. ¡Sé autosuficiente!
p. 123 14. ¡Sé diferente!
p. 133 15. ¡Sé transparente!

p. 141 FINAL

p. 153 REFERENCIAS

PRELUDIO

¿No hay alternativa?

La estancia de Margaret Thatcher en el Gobierno británico pasó a la posterioridad por su afán en desarmar a los sindicatos, liberalizar el mercado de trabajo, privatizar las empresas estatales, recortar el gasto público y desregularizar los capitales financieros. Inspirado en Milton Friedman, este paquete de medidas, caldo de cultivo del neoliberalismo, fue adoptado en idéntico período por Reagan y Pinochet. Ulteriormente, muchos otros mandatarios lo asumieron cual Sagrado Mandamiento.

«No hay alternativa», respondía Thatcher cuando arreciaban las críticas. Tantas veces debió decirlo que fue apodada con el acrónimo de TINA («There is no alternative»). Con cuatro palabras (una menos en castellano), el eslogan thatcheriano sintetizó el estado de ánimo que distingue, aún hoy, al individuo medio.

La interiorización masiva del memorándum de TINA marchita la esperanza de que «otro mundo es posible». El colapso financiero de 2008 ilustra hasta qué punto. Ni en el galimatías *a priori* propicio de la crisis, con la protesta extendiéndose en todas direccio-

nes, asomaron alternativas ilusionantes al orden imperante. Los destrozos generados por el neoliberalismo se sellaron... ¡con más directrices neoliberales!

La parálisis de la imaginación política que nos afecta tiene una causa principal: la crisis de la utopía. Si TINA vence se debe, en primera instancia, a que la utopía se halla sumida en un profundo desprestigio, y viceversa. Faltos de ímpetus utópicos, dejamos de luchar por un futuro mejor y de conjeturar cómo debería ser. Padecemos, dice David Estlund, de *utopofobia*, patología que induce a repudiar los ideales discordantes con el pensamiento único y el estado actual de cosas.

Ni que decir tiene que el dúo formado por TINA y la utopofobia favorece a los poderes económicos y perjudica a los ciudadanos. Puesto que no aparecen nuevas exigencias igualitaristas a las que reprimir, el *statu quo* se dedica a desmantelar las conquistas antiguas. Ante tal estímulo, los activistas responden a la defensiva, protegiendo los logros de los antepasados, en vez de postular y reivindicar los suyos.

Está en lo cierto Michel Serres cuando señala en *Darwin, Bonaparte y el samaritano* que la humanidad vive su mejor época. Cualquier individuo del pretérito se sentiría, pese a las calamidades, infamias y brutalidades que nos acorralan, en el paraíso. Simultáneamente, cualquier individuo del presente arrojado al pasado se sentiría en el averno. Sin embargo, hemos de andar con cuidado, ya que el progreso que nos ha traído hasta aquí no es inevitable. Asediado por el yugo de TINA, tiene todas las papeletas para estancarse o virar en sentido contrario, tal y como sugieren la demolición del Estado de Bienestar, la merma de los derechos laborales, el incremento de la pobreza y la impresión de que nuestros hijos vivirán peor que nosotros.

El progreso experimentó un salto formidable en el Renacimiento y se aceleró en la modernidad. Maduró y aumentó durante el período en

que la utopía guió a la cultura occidental. Nada más lejos de mi intención que atribuir en exclusividad a la utopía la autoría del progreso. Ahora bien, ni la humanidad ha progresado enormemente en los últimos siglos solo a causa de la utopía ni lo habría hecho sin su ayuda.

El presente es mejor que el pasado, ciertamente. Eso no quita que sea un espacio atestado de injusticias y sufrimientos innecesarios que requiere ser mejorado mucho más. Si pretendemos seguir avanzando y derrotar la amenaza de estancamiento o retroceso, es indispensable que restablezcamos contacto con la utopía. De su seno vienen las ideas transgresoras que incitan a pasar a la ofensiva y el convencimiento de que el mundo podría ser de otro modo. Si no desactivamos la patraña de que no hay alternativa, continuaremos avasallados por el fatalismo, el derrotismo y la inanición, pensando que no hay nada que hacer.

Reemplazar a TINA por un sentido común utópico es un quehacer arduo. Exige, de entrada, corregir las ideas preconcebidas que estigmatizan la noción de utopía, enlazada a un amasijo de connotaciones peyorativas. A este obstáculo se le adhiere uno mayor: las utopías de antaño fueron vitales para el progreso, pero ya no nos sirven. Decimonónicas en forma y contenido, el tiempo las ha dejado obsoletas. De ahí que reactivar el impulso de mejorar la sociedad dependa de la creación de utopías nuevas, a la altura de nuestras ambiciones y peculiaridades.

Mi vocación es facilitar, sin ánimo de exhaustividad ni neutralidad, algunas pistas acerca de por dónde, cómo y por qué deberíamos abordar este complejísimo reto.

Utopía

La utopía goza de mala prensa. De hecho, en el universo de la política postmoderna una de las peores injurias que puede tragarse

uno es la de ser calificado de utópico. La acusación sobrentendida es que el implicado procede de espaldas a la realidad, movido por el deseo, captado por el delirio totalitario de hacer posible lo imposible. A la sombra de tales estimaciones, el calificativo *utópico* nomina, en el mejor de los supuestos, a alguien iluso, inmaduro e irresponsable. En el peor, a alguien peligroso, autoritario e intransigente. Espantados por el escarnio que genera, los encargados de llevar adelante las iniciativas más avanzadas (las fuerzas de izquierdas) se afilian al posibilismo de la *Realpolitik*, no sea que los votantes concluyan que tienen los pies separados del suelo.

Los esbirros de TINA proclaman, con razón, que la utopía brota del deseo. No obstante, mienten cuando la emparejan a lo imposible, irreal y totalitario. Voy a demostrarlo mientras esclarezco qué es la utopía.

Definir *utopía* resulta tan embarazoso como definir *filosofía*. Hay tantas definiciones como definidores. La causa fundamental del desacuerdo radica en que, además de ser un término ante el cual resulta inviable mantenerse neutral, *utopía* designa cosas diferentes. Tower Sargent, por ejemplo, sostiene que la utopía abarca la literatura utópica, la teoría utópica y las comunidades utópicas. Esta clasificación necesita de varios retoques, dado que deja fuera una variable esencial (el deseo utópico), separa dos elementos hermanados (la teoría y la literatura) y confina el alcance de la política utópica a los experimentos comunitarios. Tal y como yo lo percibo, el vocablo *utopía* menciona, *grosso modo*, los siguientes elementos:

i) *El deseo utópico*: Teorizado por Ernst Bloch y Ruth Levitas, el deseo utópico equivale, fundamentalmente, al deseo de un mundo mejor. Aparece al experimentar malestar o disconformidad con la realidad, sentimientos que nos empujan a desear que fuera diferente y a imaginar cómo figuraría si lo que genera el sufrimiento, la frustración o la indignación no estuviese.

El deseo utópico funciona junto a la imaginación prospectiva, proyectada hacia el futuro. Sus obras más rudimentarias son las fantasías diurnas, los «sueños soñados despierto», distracciones, revela Bloch, por lo común contraproducentes debido a que precipitan el antojo de «escapar del mundo, no transformarlo». El pobre se imagina beneficiario de un premio de la lotería; el niño de la favela, futbolista famoso, y el trabajador de la fábrica, empresario. La crítica izquierdista a la utopía, legataria de las diatribas de Engels, descansa sobre este reproche. En cambio, la crítica derechista le reprocha lo contrario, que instigue a poner el mundo patas arriba conforme a quimeras. Se ve que los dos extremos dan por descontado que la utopía traiciona a la realidad.

Pues se equivocan.

El deseo utópico no solo concibe ensoñaciones abstractas, supeditadas al escapismo y la compensación. Origina, de igual modo, *utopías concretas*, nacidas del análisis de la realidad y conectadas a ella mediante el compromiso de mejorarla. Bloch reaccionó contra la interpretación conservadora del mundo y recalcó que lo real no es repetitivo ni estático, que se halla inconcluso y abierto, que la transformación, la novedad y la conversión de lo imposible en posible configuran la vida. Que la realidad sea cambiante e indeterminada supone que no hay nada más realista que la esperanza en un futuro distinto, y nada más enajenado que la tesis de que no hay alternativa.

ii) *La forma utópica*: Es la esfera donde se sitúan los textos producidos bajo la influencia del deseo utópico que tienen la peculiaridad de censurar lo que es confrontándolo con un borrador de lo que debería ser. Su ramificación erudita más notoria es la *teoría utópica social*, practicada con heterogénea regularidad y voluntad por Rousseau, Kant, Owen, Saint-Simon, Mill, Marx, Dewey y Marcuse, por citar solo a unos cuantos. A juicio de todos ellos, la sociedad mejorará al socaire de las reformas políticas adecuadas.

En «Pensar utópicamente», Krishan Kumar incorpora al enclave académico de la forma utópica un segundo componente: la *teoría tecnoutópica*, sede de los escritos tecnocráticos inspirados en Thorstein Veblen y de los ensayos de extrapolación científico-tecnológica firmados, entre otros, por John Haldane, John Bernal, Joseph Needham y Julian Huxley. Para estos autores (sin olvidar a Descartes, Condorcet, Comte, Winwood, los divulgadores de la Royal Society y demás predecesores), los sueños de libertad, paz e igualdad vendrán de la mano de la ciencia y la tecnología.

El enclave popular de los textos utópicos pertenece a la literatura utópica. Cultivada a cuentagotas durante la Antigüedad, emergió oficialmente en el Renacimiento junto al capitalismo, el Estado nación, la vida urbana, la revolución científica y el humanismo. El neologismo *utopía* surgió aquí. Tomás Moro lo construyó con la palabra *topos* ('lugar'), a la que modificó con el prefijo *u-*, inexistente en griego. Lo más cercano son el prefijo *ou-*, que expresa negación, y la partícula *eu-*, próxima al concepto de 'bueno'. De lo indicado se deduce que el sentido etimológico de *utopía* sería 'lugar bueno que no existe'.

La *Utopía* de Moro inauguró en 1516 la *literatura utópica social*, consagrada a imaginar lugares buenos que no existen, más justos y felices que los reales. En las novelas que la integran, la superioridad de la sociedad ideal se infiere de la planificación política. Publicada en 1627, la *Nueva Atlántida*, de Francis Bacon, inauguró la *literatura tecnoutópica*, caracterizada por la certeza de que la superioridad de la sociedad ideal obedece a dispositivos tecnológicos ausentes o apenas madurados en la realidad. Separadas al principio, sendas escuelas convergerán a partir del siglo XIX en obras que atribuyen la emancipación a las bondades del estatismo y del maquinismo, de la ingeniería social y de la ingeniería tecnológica al unísono.

Frank Manuel incluye bajo el rótulo de «literatura utópica» un abanico de usanzas textuales, sean las constituciones ideales, las

robinsonadas, los relatos sobre la edad de oro, Cucaña o Arcadia y los mitos religiosos. Personalmente, prefiero la austeridad de Raymond Trousson, presto a evitar el *totum revolutum*. De acuerdo a su escueta taxonomía, llamamos *utopía* a la narración que tiene por sujeto a una comunidad ideal compleja y avanzada creada por el trabajo humano. La cláusula de la narratividad excluye a las constituciones ideales (típicamente ensayísticas), mientras que la comunidad compleja y avanzada excluye las robinsonadas (centradas en un único individuo) y los relatos sobre la edad de oro, Cucaña y Arcadia (espacios simples y atávicos). Finalmente, la autoría humana descarta las alegorías religiosas, donde una autoridad trascendental proporciona y supedita el buen lugar.

Aunque la variedad de sociedades ideales es enorme (las hay colectivistas e individualistas, centralizadas y descentralizadas, urbanas y campestres, cientificistas y artesanales), resulta factible efectuar con fines expositivos un molde representativo de la mayoría. Cójase una novela utópica al azar. ¿Qué leeremos con probabilidad? Las vivencias, contadas en primera persona, del visitante que llega por accidente a una civilización metropolitana desconocida. Un Estado omnipresente regula la existencia pensando en el interés colectivo, valor cuya custodia sedimenta la prohibición de la propiedad privada. Secundado por tecnologías asombrosas, proporciona niveles de comodidad y prosperidad sin precedentes. Llamaré *utopía paradigmática de la modernidad* a esta utopía estándar. Su predominio llegó hasta mediados de los años sesenta del siglo XX. Como dije antes, ya no nos sirve. Algunas de sus aspiraciones respetables se han plasmado. Las que no, precisan de un marco nuevo.

iii) *La política utópica*: «La utopía exige e impone su realización», afirma Frederick Polak. Tácita o abiertamente, la utopía quiere algo más que negar la sociedad reinante mostrando lo que le sobra y lo que le falta. Quiere transformarla o abolirla.

El salto utópico de la teoría a la práctica gozó de precursores antes de que la Ilustración lo convirtiera en mandato. Pensemos en Platón, Campanella y Harrington, decididos a materializar sus repúblicas ideales, sin olvidar a los franciscanos desplazados a Nueva España, dispuestos a construir la Amaurota de Moro en el corazón de la selva. Ya en el siglo XIX, Owen, Fourier y Cabet procuraron edificar los modelos sociales expuestos en sus libros. Por mucho que la intención fuera más ambiciosa, las comunidades resultantes jamás rivalizaron con el sistema vigente.

Sin desmerecer la relevancia de los tanteos comunitarios, el hecho es que la utopía los trasciende. De acuerdo con Jürgen Habermas, la conciencia utópica impulsó en la modernidad al conjunto de Occidente. Así lo entendieron igualmente, si bien en sentido peyorativo, Friedrich Hayek, Karl Popper e Isaiah Berlin, pensadores que achacaron al pensamiento utópico la existencia del totalitarismo. A su parecer, el nazismo y el estalinismo se desprenden de un mismo impulso malsano de perfección llamado utopía. Los textos donde lo vilipendiaron, *Caminos de servidumbre*, *La sociedad abierta y sus enemigos* y *El fuste torcido de la humanidad*, encierran objeciones a la utopía paradigmática de la modernidad que los contrincantes de TINA encontrarán útiles para no recaer en antiguos errores.

En cualquier caso, los aciertos no justifican la identificación de la utopía con Hitler y Stalin (o con los Jemeres Rojos). Sabemos que la columna vertebral de la utopía moderna albergó pautas totalitarias. La prueba es que nadie querría vivir en las civilizaciones que narró. ¿Se imaginan atrapados en la Ciudad del Sol de Campanella o en la Icaria de Cabet? La literatura utópica social de la modernidad no seduce ya ni a los acólitos del cambio. Ello no obsta para recordar que el totalitarismo responde a multitud de causas. Reducirlas a la utopía simplifica las cosas y encubre que el totalitarismo mostró una gran hostilidad con la política utópica.

Miguel Abensour cuenta que tras la instauración del régimen soviético los tanteos alternativos fueron suprimidos al instante. El positivismo no le concedió al utopismo ni una oportunidad. El nazismo no tuvo que atajar ningún movimiento utópico congénito para establecerse, pues la utopía comporta un contenido liberador universal del que carecía.

La antinomia entre utopía y democracia formulada por Hayek, Popper y Berlin denigra a los utópicos que pelearon contra el terror totalitario y pasa por alto que la democracia fue en origen una utopía. Lo mismo que el sufragio universal, la sanidad y la educación pública, los derechos de la mujer, la división de poderes, el divorcio, las prestaciones por jubilación o desempleo, la reducción de la jornada laboral y la libertad de prensa. Muy pocos tomaron en serio dichas reclamaciones cuando determinadas utopías las concibieron. Los poderes y las masas las consideraron delirantes. Mal que bien, hoy son realidad. A veces, las utopías se cumplen. La utopía no es imposible. Ni inherentemente totalitaria. Lo que sucede, avisa Abensour, es que la utopía sin democracia se deteriora, igual que la democracia sin utopía.

En el presente ensayo, *utopía* significará substancialmente 'literatura utópica'. Los textos adscritos al género utópico constituyen el material perfecto para localizar empíricamente las suposiciones latentes de la utopía y calibrar el estado de los otros dominios. Dispensan justo lo que queremos: una visión panorámica y un objeto de estudio tangible.

Distopía

La mala prensa de la utopía (de la utopía social, para ser exactos) coincide con el prestigio de la distopía. Incorporada a los circuitos *mainstream*, la gente la adora.